



Justo S. Alarcón

El Parque San Lázaro

En el parque San Lázaro hay muchos árboles. Está llegando el otoño y la madre naturaleza deja ver su mano misteriosa. Las hojas están comenzando a cambiar de color. Durante el verano, su ramaje frondoso parece una sombrilla gigantesca que ofrece un pequeño oasis para que la gente entrada en edad pueda cobijarse y gozar de un fresco, más bien imaginario que real, en las tardes de los meses de un calor canicular. Bajo la sombra de un añoso morero, se sientan, como de costumbre, en un banco de piedra nuestros dos compadres.

-Oiga usted, compadre, el otro día estaba yo pensando que ya nos estamos haciendo viejos.

-¡Qué cosas tiene usted, compadre!

-Ya sé, pero la verdad es la verdad, y más vale aceptar la verdad como es.

-¿De qué está hablando usted, compa?

-De lo que oye. La mera pelona verdad.

-¿Y a qué viene esto?

-Pos a que los años pasan y este parque no es ya lo que fue y porque me trae muchos recuerdos.

-Eso sí, pa' que vea, eso sí que es cierto. A mí también me trae muchos recuerdos.

Se quedan los dos viejos pensativos por un momento. Un velo de tristeza agri dulce les nimbaba la faz. Don Epifanio («El Casimirón») contaría con unos sesenta o sesenta y cinco años. Don Epiceno («El Mayate») frisaría entre los sesenta y cinco y setenta abriles. De estatura media ambos, eran viejos amigos. Esta antigua amistad fue sellada dos veces con la afinidad contraída por el bautismo de dos de los hijos de don Epiceno hacía ya una veintena de años. Uno de sus deportes favoritos era rastrear y revivir las muchas experiencias del largo pasado.

-Pos sí, compadre Epiceno, como le venía diciendo, qué pronto se nos pasó la vida. Se nos cuela por entre los dedos como el agua.

-No se me ponga filosofón, compadre Epifanio, si no, no lo voy a poder seguir. Además, se me hace que está usted un poco alicaído.

-Perdone, compadre, usted usó ahí dos palabritas que no entiendo muy bien, y no me diga que soy pendejo, porque no lo soy, pero es que a veces pos, no hablamos como Dios manda, compadre. ¿Quesque «filoso» y «algocaído»?

-No, compa, no, ya sé que usted no es... menso. Dije nomás «filosofón» y «alicaído».

-Y ¿qué es eso?

-Pos no me tire mucho de la lengua, porque, pa' decirle la verdá, tampoco yo sé muy bien.

-Entonces, ¿por qué las usó?

-Pos porque el padrecito Escamillo las predicó en el sermón el último domingo y pos me sonaron muy bien. Por eso nomás las dije.

-¿Nomás porque le sonaron bonito?

-Pos así es.

-No se me vaya a hacer usted gente popof, compadre.

-¿Y eso?

-¿Y eso qué?

-Pos eso de... popcorn o papalote o...

-Pos yo también sé usar palabras bonitas cuando quiero, pa' que vea usted, compadre.

-Pero dígame qué quiere decir esa palabra.

-Pos, pa' decirle la verdá, yo tampoco sé muy bien. Se me hace que es algo así como copetón, creo yo.

-Pos diga copetón, y ya.

-Pos sí, ¿que no?

-Pos sí.

Aunque esta conversación ayudó, no sabían los dos compadres cómo salir del tema de la vejez que invadía el corazón de don Epifanio, hasta que una pareja de jóvenes, que venía caminando alegremente, se internó cada uno en su lugar correspondiente de los excusados que se hallaban en el centro del parque, no muy lejos de donde se encontraban los dos viejos. Salieron, primero el joven, y después la muchacha del pequeño edificio color verde que hacía juego con el verdor de los añosos árboles y del desmedrado zacate. Se miraron los dos jóvenes y, cogidos de la mano, se alejaron lentamente y desaparecieron por entre los árboles.

-Compadre Epiceno

-Diga usted, compadre Epifanio.

-Lo que le decía antes. Ahí mero lo puede ver usted.

-No me hable en misterios. Hábleme claro, compadre.

-Pos, como le decía, nosotros fuimos como esos dos que acaban de pasar por ahí, y ahora mire usted cómo estamos.

-Compadre, no me gusta cómo usted ve las cosas hoy. ¿Por qué no hablamos mejor de cuando éramos como ellos? A ver, ¿cómo mataba usted el tiempo cuando era chamaco, como el que acaba de pasar?

-¡Ay, compadrito, no me toque por ese lado! Me vienen muchos recuerdos muy bonitos y no creo que tenga juerzas para aguantarlos.

-Ande, aviéntese, como hace otras veces. Hasta le vendrá bien pa' la salud.

-¿Cree usted, compadre?

-Pos seguro que sí. Ande, échelos.

-Pos yo me acuerdo cómo aquí mismo, en este parque, correteábamos a las muchachas. Después de un juego de béisbol, así sudados y todo, el coach nos compraba raspas, que don Cipriano «El Cacarizo» traiba en su carrito. Las chamacas se venían todas encima, y se reían y nos decían que nos veíamos muy cute, así sucios y mugrosos y todo. Nosotros las correteábamos y esto les gustaba mucho a ellas.

-Ya veo, compadre, que usted era una persona normal.

-Pos ¿qué se creía usted, compadre, que era joto o qué?

-No se me empique, compadre, no se me acalore.

-Pos eso, así éramos en aquel tiempo. Y después..., bueno, pa' qué contarle. Mejor ya le corto ahí.

-Continúe compadre, continúe, que ya se está poniendo buena la plática.

-Pos no me interrumpa. Además, se me hace a mí que a usted, compadre, le gusta el chisme.

-Pos sí, pa' qué negarlo.

-Pos le diré que hacíamos muchas travesuras.

-No creo que fueran tantas como las mías, pero continúe y ya veremos.

-Lo que usted quiere, compadre Epiceno, es tirarme de la lengua.

-Pos a lo mejor y así es, pero continúe, por favor.

-Como le decía en denantes, uno de los pasatiempos era el de corretear a las chamacas y el de hacerles travesuras. Una vez, me acuerdo muy bien, y usted perdone si se cree que es algo grosero lo que le voy a contar, un chamaco amigo mío y yo le hicimos un pequeño agujero a la pared del excusado que daba al lado de las chamacas. Nosotros lo hicimos muy pequeño, pero, poco a poco, otros chamacos agarraron la idea y, con el tiempo, el agujero llegó a ser muy grande, que hasta cabía la mano y el brazo de uno. Con el tiempo, toda la pared quedó agujereada como una regadera. Las chamacas, con el tiempo, ya ni iban allá, preferían aguantarse o, si no, se iban a sus casas.

-¡Ay que compadre! Pos sí que se aventaba usted. Cuénteme más, porque ya me está entrando la curiosidad.

-Ahora cuente usted, compadre Epiceno, porque no está bien que yo sólo cuente lo mío. Échese usted una platicadita ahora, mientras yo me echo esta heladita.

-Pos si usted insiste, me va a forzar a que le cuente algunas de mis travesuras también.

-Sí, como si yo le empujara. Lo que le pasa a usted es que se le están quemando los chiles pa' desembuchar como las gallinas. Ándeles, le doy permiso, pero no me acuse de que yo le estoy empujando.

-Pos, con su permiso, lo voy a hacer.

-Pos ya lo tiene, comience.

-Además de lo que usted hacía, compadre, nosotros pintábamos las paredes y escribíamos versos a las muchachas. Habían hecho un excusado nuevo en nuestro parque y, en poco tiempo, pos parecía un mural, con dibujos y todo. Se veía todo empuercado, pero, era nuestro arte, compadre. Era el único lugar en donde nosotros, en nuestro tiempo, podíamos expresar nuestra imaginación. Hoy día es otra cosa, pero no quiero hablar de eso.

-Y, ¿por qué no?

-Pos porque hoy las cosas son diferentes.

-Ándele compadre, no se me quede ahí, aviénteselo.

-Otro día será. Hoy ya hablé mucho.

-Bueno, compadre, ya veo que éramos iguales.

-Y que éramos normales, y no como los de hoy día.

-Compadre, usted se está guardando algo. Aviéntese.

-No, no quiero. Hoy no, otro día será.

-Pos no se olvide, otro día me lo cuenta.

El rostro de los dos compadres había cambiado. Un brillo relumbraba en sus tecec que suavizaba un tanto los surcos de sus rústicas arrugas. Los ojos de don Epifanio momentáneamente recobraban un poco el lustre que los años habían opacado lentamente. Los labios de don Epiceno dibujaban una sonrisa pícara que recordaba mejores tiempos. Ambos se sentían como si les hubieran sacado de encima unos veinte años.

-Compadre Epiceno.

-Diga usted, don Epifanio.

-Yo me acuerdo, como si fuera ayer mismo, de un amigo mío, que ya feneció el pobrecito y...

-¿Qué le pasa, compadre? No le pare... ¡No me diga que ya se está bebiendo las lágrimas!

-Pos, como le decía...

-Ándele, compadre, y no se me ponga ahora a chillar como un chamaco.

-Es que duele, compadre, es que duele mucho.

-Pos sí, pero no me deje ahora colgando ansina. Ande y límpiense esos mocos.

-Pos como le iba diciendo, un día que vine al parque me lo encontré encaramado en un árbol.

-¿Como un chango?

-Mesmamente eso parecía el bato.

-Y, ¿por qué se trepó al árbol?

-Pos porque su jefe lo había fajado ya muchas veces, y ya no sabía cómo hacerle, hasta que un día se le vino a la cabeza que mejor le sería correrle y subirse a un árbol.

-Y, ¿por qué no correrle y esconderse en un... yunque o algo parecido?

-Eso mismo le pregunté yo y él me repuso que trató varios lugares, pero que el mejor que encontró fue un árbol, porque así su «pinchi jefe», como le llamó él, no podía agarrarlo, quesque porque padecía de almorranas y no podía hacer pujidos si atentaba subirse al árbol.

-Abusao el chamaco, ¿no cree usted, compadre?

-Eso mismo me pareció a mí.

-Pos fue inteligente, ¿que no?

-Pos sí, ¿que no?

-Pos sí.

-Pos yo, compadre, le voy a contar otra aventura.

-Aviéntese, compadre Epiceno, porque me siento como si me sintiera ya mejor.

-Pos váyame poniendo atención, porque se me hace que va a resultar largo.

-Pos ya se lo recordaré yo si se me desmanda un tantito así.

-Pos dígamelo a su debido tiempo, y yo le corto.

-Ok, compadrito.

-Pos una vez estábamos en el parque un chorro de chamacos haciendo

travesuras con las chamacas, como siempre. Los zancudos comenzaron a metérsenos por todas partes. A mí se me ocurrió hacer fuego. Corté unas ramas y los otros chamacos me echaron una mano. En menos que se suena uno los mocos, teníamos un montón grande de ramas. Les prendimos fuego y, como estaban verdes, comenzó una humareda de a madre. Todo el barrio estaba lleno de humo. Vinieron las apagadoras y, pa' qué le digo, desaparecimos como conejos perseguidos por los perros. Y pa' cuando llegaron, no había nadie. El barrio estaba todo alarmado. Nadie supo nada de nada por mucho tiempo. Los chamacos éramos así. Ni modo.

-Compadre Epiceno.

-Diga usted.

-Me cayó bien esta tarde, a pesar de todo.

-¿Me está sugiriendo, compadre Epifanio, que ya se me va a rajar?

-Pos yo creo que sí, compadrito. Ya me siento un poco cansado. Además, ya se me acabó la heladita tan sabrosa y como que el gazzate me está pidiendo otra.

-Está bien, pero que no sea Coors, compadre, con tal de que no sea Coors.

-Y, ¿por qué, si se puede saber?

-¡Ay que mi compadre! Pa' otra ocasión se lo cuento, porque ahora merito me voy a pistear otra a mi cantón.

Se despidieron los dos compadres con la intención de volver a recordar sus andanzas del pasado. Les quedaban, como siempre, muchas experiencias que compartir. El recuerdo es la vida del viejo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo